

Participación infantil en la custodia del patrimonio cultural: la experiencia de los museos escolares en Nuevo León (1970-1980)

■ ■ Raúl Alvarado Navarro*

Introducción

La preocupación por la preservación y el resguardo del patrimonio histórico ha sido una constante en la vida cultural de nuestro país. Aunado a esta preocupación, el esfuerzo por crear y formar colecciones museográficas que apoyen desde la escuela la tarea educativa ha estado presente en varios estados de la República Mexicana desde finales del siglo XIX. Lo anterior, lo podemos constatar en las sugerencias que aparecen en un boletín de instrucción primaria del estado de Nuevo León de 1897, una publicación bimensual de la Dirección General de Instrucción Primaria dedicada a publicar el avance escolar en el estado y en el que se incluían planes de estudio, estadísticas, textos, estudios pedagógicos, información de los alumnos y todo tipo de información escolar y académica de finales de siglo.

En el citado boletín, y a partir del número 7 con fecha del 15 de enero de 1897, aparece dividido en varias entregas un extenso artículo en el que se hace referencia a la utilidad de los museos escolares y a la importancia de la participación de los alumnos en la formación de los mismos, de tal manera que se pide a los maestros que utilicen esta valiosa herramienta didáctica. El artículo menciona que en aquella época los museos escolares se contaban entre los útiles que la dirección había prescrito como necesarios en las escuelas de Nuevo León y consideraron muy útil incluir un texto tomado del boletín de enseñanza y administración escolar de La Plata, autoría de Honorio J. Senet, un profesor de enseñanza secundaria con especialidad en historia y abogado de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. El texto se incluye no sólo por las ideas relativas al valor educativo de los museos sino por las prescripciones que contiene sobre la recolección,

arreglo, preparación y clasificación de los objetos que debían constituir las colecciones formadas por los alumnos.

Una iniciativa que cobra auge

Derivado de lo anterior, es evidente que desde hace tiempo el valor educativo de los museos al interior de las escuelas iría cobrando importancia para los especialistas, pues durante décadas, el museo como herramienta didáctica fue y ha sido tema de interés y motivo de debate entre pedagogos, educadores e instituciones educativas y culturales. Parte de este debate, se dio en torno a la mesa redonda interdisciplinaria que se llevó a cabo en Santiago de Chile en 1972 con la finalidad de replantear la función de los museos. En aquella ocasión, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), propuso la modernización de este tipo de instituciones a través de la creación del museo integral.

De tal manera que, no sólo aquel año, sino toda la década de 1970 marcó el comienzo para reformular el papel de los museos, época en que las propuestas serían conocidas como una corriente de renovación con el nombre de nueva museología. Uno de los temas fue el papel central de las comunidades y de los públicos como sujetos activos en el proceso museológico. Como resultado, los museos latinoamericanos se dieron a la tarea de replantear su papel en un compromiso de transformación. En la propuesta de museo integral sobresalía la idea de conjuntar temas y colecciones en interrelación con el contexto sociocultural y natural, además de la participación en el rescate del patrimonio cultural para beneficio social, la investigación interdisciplinaria y la actualización de los sistemas museográficos para facilitar el diálogo entre el objeto y el visitante (Vázquez, 2007, p. 29).

Así pues y siguiendo las recomendaciones de la UNESCO, en 1972 se crean en México, bajo la supervisión del Instituto Nacional de Antropología e

* Antropólogo, licenciado en Ciencias de la Educación y maestro en Desarrollo Social y Cultural. Trabaja y escribe sobre temas de cultura, patrimonio e historia. Socio de número de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, y miembro del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales.

Historia (INAH), los museos escolares, una iniciativa que se desarrolla con el propósito de establecer un museo en cada escuela y que desde su origen tuvo un triple objetivo: lograr una participación amplia y voluntaria de la población en la protección y conservación del patrimonio cultural; modificar la relación tradicional del público con los museos a fin de transformarlos en recursos culturales efectivos de uso popular; y dotar en forma indirecta a las escuelas de materiales auxiliares didácticos.

Para mediados de la década de los 70, eran más de 400 escuelas las que habían adoptado el programa en once estados de la república, tanto en zonas rurales como urbanas, algunas de ellas con un fuerte desarrollo industrial, la ciudad de Monterrey entre ellas. A decir de Vázquez (2007), lo anterior permitió comprobar que los planteamientos que regían el programa eran válidos y podían aplicarse en poblaciones recientemente establecidas o en comunidades de vieja raigambre cultural, tanto en pequeños pueblos campesinos como en las grandes ciudades, ya que las escuelas, con su organización propia, constituyeron la base sobre la cual funcionaron los museos escolares. El especialista en Museografía y Museología, Rodrigo Witker, señala que el programa era voluntario en donde los maestros intervenían como asesores y debían convertirse en guías de los alumnos, a quienes alentaban a cuestionar, explorar y descubrir nuevos contenidos.

Pequeños custodios del patrimonio

Parte fundamental e imprescindible de los museos escolares eran los niños, pues eran ellos quienes se encargaban de organizar, montar, administrar y formar las colecciones. Vázquez (2007), menciona que los niños metían al museo todo aquello que les gustara o pareciera interesante. No había límite para las colecciones. Los alumnos se juntaban y decidían que mantener o eliminar de su colección. La única condición era que llevaran un registro de las aportaciones y el nombre del responsable que debía investigar la procedencia y antecedentes de las piezas que formaban la colección. Dado el número de piezas, fue inevitable que las colecciones crecieran y de esta manera se propició el intercambio de acervos entre escuelas. Al respecto, Larrauri (1975) señala: “otro aspecto importante son los intercambios de



Niños clasificando las colecciones. Fototeca CNME s/f.

materiales e información entre los museos escolares. Se ha logrado que estos intercambios lleguen a escuelas que se localizan en poblaciones muy distantes entre sí y no solamente en las cercanas” (Larrauri, 1975, p.6).

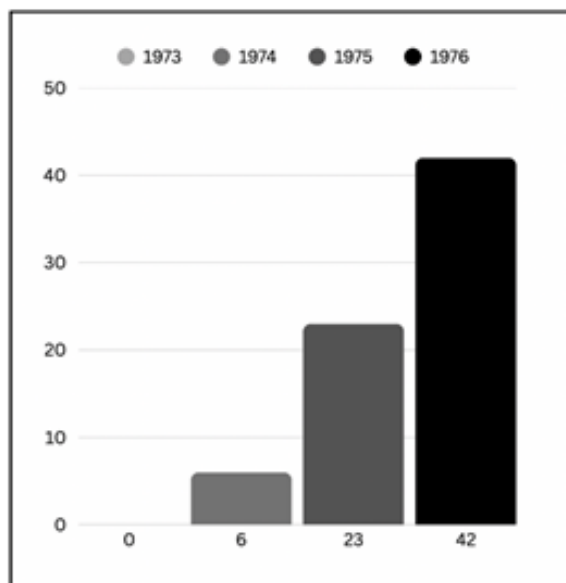
Desde su inicio, el programa sostuvo la idea del papel activo de los alumnos en las funciones sustantivas del museo, circunscrito a la acción educativa de los museos a nivel internacional y con las orientaciones de la reforma educativa del año 1972. Los libros de texto se contemplaron como la base de las actividades y los museos como generadores de materiales para cubrir los objetivos didácticos a través de la difusión del patrimonio cultural local y nacional en sus propuestas museográficas. En este sentido, la reforma educativa buscaba vincular la educación con la investigación científica y la realidad social, promoviendo un espíritu crítico en los alumnos y su participación en la comunidad.

Mucho de lo anterior quedó plasmado en el programa de los museos escolares, en donde se propuso este recurso como espacios de acción, investigación, aprendizaje y conocimiento de los valores culturales, entendidos éstos como toda obra humana.

Museos escolares en Nuevo León

Desde su inicio, el estado de Nuevo León se sumó al programa y fue junto a los estados de Chihuahua, Hidalgo, Jalisco, México, Morelos y Oaxaca en donde se crearon el mayor número de museos escolares. Tanto en escuelas públicas como privadas los alumnos participaron en la recolección, registro y clasificación de las piezas que formaban los museos dentro de las aulas. En un informe del mes de octubre de 1976 que publicó la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) sobre la promoción al arte y otros aspectos de la cultura llevados a cabo por el gobierno del Estado, aparece una nota con el título “Museos escolares, enseñanza para la preservación de valores históricos, artísticos y culturales”. En dicha nota se informa que, para ese año, existían en Nuevo León 132 escuelas de 12 municipios que ya se habían integrado al programa de los museos escolares y 42 de ellos se encontraban totalmente en funciones. El informe destaca también que anexas a los museos se encontraban 12 bibliotecas y 20 huertos escolares que complementaban el programa. Una iniciativa que, a decir de las autoridades, promovía entre los niños el descubrimiento, la exploración y el valor de conservar y cuidar para la sociedad y para la posteridad, los valores históricos, artísticos y culturales.

MUSEOS ESCOLARES EN NUEVO LEÓN



En los siguientes años, una de estas iniciativas tendría lugar en un colegio particular al sur de la ciudad de Monterrey, el Colegio Regiomontano Contry, institución privada de educación básica que durante el curso escolar 1977-1978 adoptó este proyecto en varios de sus espacios. En aquel entonces, en la planta baja del edificio de secundaria, se acondicionó una gran vitrina para exhibir diversos especímenes y ejemplares del área de ciencias naturales. Su encargado, el Prof. José J. Roybal González, era el responsable de explicar de manera periódica cada una de las nuevas adquisiciones. Pero uno de los proyectos más destacados tuvo lugar en uno de los salones de cuarto grado de primaria. El hermano Juan Carlos Padilla, un religioso lasallista encargado del área de ciencias sociales, sugirió a sus alumnos formar un museo dentro del salón de clases. Al fondo del pasillo de la segunda planta del edificio de primaria, al interior de uno de los salones de cuarto grado, se instaló un espacio para exhibir diversas colecciones relacionadas con la historia natural y las ciencias sociales. Conocido como el rincón de las ciencias, los alumnos eran los encargados de recolectar, clasificar y exhibir cada uno de los hallazgos que llegaban al aula después de cada fin de semana. Gracias al interés y entusiasmo de los niños el proyecto fue consolidándose.

Para darle mayor formalidad, el maestro invitó a los alumnos más involucrados para formar el grupo VACI (Vagabundos Científicos), un grupo que reconocía el conocimiento, y la disposición para el estudio de la historia de nuestro país. En el grupo VACI se llevaban a cabo reuniones periódicas dentro del horario habitual de la clase, en ellas los alumnos proponían mejoras al museo y se nombraban encargados para dar mantenimiento a las colecciones, que en su mayoría estaban formadas por réplicas de piezas arqueológicas, puntas de proyectil, rocas, minerales, plumas, insectos y diferentes esqueletos de pequeños mamíferos y reptiles. Quizá el acervo podría haber parecido poco interesante, pero sentir el compromiso y la responsabilidad del estudio, registro, cuidado y mantenimiento de las colecciones era parte de la formación que en materia de estudios sociales y naturales buscaba la institución educativa.



Aspecto del montaje de un museo escolar. Fototeca Nacional INAH, 1972.

De museos escolares a museos comunitarios

A pesar de los logros alcanzados, este modelo de museo comenzó a transformarse en el año de 1975, así lo expresa Witker (2001), al hablar de la transformación que sufrió este tipo de museos: “factores financieros y administrativos, así como escaso reconocimiento y motivación ofrecidos a los maestros, quienes eran las piezas claves del programa en cuestión, influyeron lo suficiente para decidir su destino” (Witker, 2001, p.37). Por su parte, Vázquez, señala que el programa se canceló debido a que en algunas zonas de México los niños comenzaron a manejar material arqueológico y la oposición a este tipo de “saqueo” fue en aumento hasta que finalmente, después de una evaluación, se decidió transformar el programa.

Conclusiones

Razones de índole administrativa y oposición de algunas instituciones fueron los argumentos para transformar los museos escolares en museos locales.

El INAH, por su parte, decidió que el programa de los museos escolares había superado sus objetivos y que tarde o temprano sus requerimientos rebasarían la capacidad y posibilidades de las escuelas. Fue así como a principios de los años ochenta la gran mayoría de los museos habían desaparecido y los restantes sirvieron de base para crear lo que sería una segunda experiencia nacional: los museos comunitarios.

Aunque existen numerosas experiencias de la participación de las comunidades en la formación y mantenimiento de museos comunitarios, el programa de los museos escolares generó conciencia sobre la importancia de crear iniciativas para atender a la niñez de México y que lejos de excluirlos de la vida cultural del país, supieron otorgarles la responsabilidad y el compromiso de saberse custodios y protectores de todo aquello que nos da identidad y forma parte de nuestro patrimonio histórico y cultural.

Referencias

- Gobierno del Estado de Nuevo León (1897). *Boletín de instrucción primaria del Estado de Nuevo León: Órgano de la Dirección General del ramo en el mismo estado*. Vol. 3, no. 7, enero 15.
- Larrauri, I. (1975). Los museos escolares. Un programa de educación práctica. *Boletín INAH*, 2a época, número 15, octubre-diciembre 1975, pp. 3-10.
- Universidad Autónoma de Nuevo León (1976). *Alere Flammam Veritatis*, año 1, no. 140, UANL.
- Vázquez, C. (2007). Algunas ideas y propuestas del programa de museos escolares. *Gaceta de museos*, número 40, pp. 28-33.
- Vázquez, C. (2008). La participación infantil como motor del origen y desarrollo de los museos escolares. *Cuicuilco*, vol. 15, número 44, pp. 111-134.
- Witker, R. (2001). Los museos. *Tercer Milenio*. CNCA. pp. 36-37.



Conjunto de personas observa una exposición de museo escolar. Fuente: Mediateca INAH.